

V

En los límites del *Edén* está Macario, tranca en alto, expulsando a los pecadores. El señor se mesa la barba de nieve.

Adán y Eva siguen carretera adelante, apoyándose uno en otro, bajas las frentes, soboreando entre rubores el dolor gozoso de su caída...

EL "LOBO,,

El "Lobo,,

I

En la noche destaca la silueta gris del presidio, edificado junto al mar. Las olas baten el cimiento y salpican los muros.

Los alertas del centinela viajan de garita a garita, amenazando con la muerte a quienes sueñan la evasión. El aire gruñe al entrar en los patios. La niebla se desploma contra el edificio y se ciñe a él en pliegues chorreantes. Sacudida por el vendaval, da la impresión de una hopa.

Recio es el vendaval. Sus rafagazos aúllan en la atmósfera canciones de agonía. Olas y truenos acompañan las estrofas del viento. Las olas no se ven; se las oye galopando sobre la niebla, rompien-

do, con gritos de espuma, en el rocaje. A veces abre un rayo las nubes. A su luz gallardean los airones blancos del mar.

Dentro del presidio suenan los pisares monótonos del centinela que pasa y repasa frente al portón de hierro; más dentro aún, se escucha el viaje de las rondas. Fuera éstos, ningún ruido humano estremece aquel mundo, aislado del nuestro con triple juego de cerrojos.

El portón abre contra un pasillo. Al frente del pasillo se tiende una reja espaciada con otra. Hay entre ambas hueco sobrado a impedir los garrazos del odio y las caricias del amor. Algo por el estilo existe en las casas de fieras.

El enrejado descubre un segundo portón. Camino ofrece a los interiores del presidio. Al abrirse el portón, quienes acuden de la calle, miran avanzar entre brumas a las criaturas del crimen. En aquellas brumas se abocetan caras de ansiedad, brazos temblorosos. Las criaturas de las leyendas infernales asoman en igual actitud, por el boquete que les permite ver el cielo. Aquí es realidad la leyenda.

En el patio, a esta hora de la media noche desierto, pelean gatazos de ojos relucientes y ratas de hocico respingón. Los gatos maúllan al meter sus uñas en la presa; las ratas se defienden a dentellazos.

En tales embites pierde algún felino la vida. Las

ratas mueren por docenas. Las supervivientes huyen, con la rapiñada piltrafa, a sus agujeros sin luz. Allí duermen, y se reparan, y se ayuntan, mientras impera el día. Cuando adviene la noche tornan al patio a rejugarse contra un desperdicio la piel. También esperan los gatos el advenimiento de la noche, entornando sus ojos amarillos y afilando sus uñas. Es una pelea que no acaba.

La de hoy tomó apariencias de batalla campal.

La marejada cubrió casi por completo el islote donde arraiga el presidio, y obligó a las ratas campesinas a guarecerse en él. Ganaron el patio por las grietas del murallón, por los vanos de las garitas, por los tubos de los vertederos. Mal las acogieron sus congéneres del interior: el hambre era larga y era escaso el botín. A disputárselo iban, cuando la presencia del común enemigo hizo la disputa alianza.

Los gatos cargaron en compacto escuadrón; las ratas opusieron al embite la muralla de sus líneas profundas. Rotos al fin los cuadros, empiezan los combates parciales. Algunas ratas yacen despanzurradas sobre los adoquines; otras huyen pidiendo asilo a la capilla, trinchera a los escombros, escondrijo a los pupitres de la escuela; muchas trepan escaleras arriba; no pocas se encaraman a los altos del murallón. Las más valerosas o las más hambrientas, resisten. La sangre chorrea por los tercio-

pelos gatunos; los roedores muerden en los carniceros hocicos, respondiendo al puñaleo de las uñas... Es, en la noche, como un símbolo aquel furioso batallar de alimañas.

Por la escalera central, que apenas esclarece un farol, se sube hasta los dormitorios.

Abajo, entre la capilla y la escuela, rompe un corredor que lleva a los calabozos de castigo. En ellos duermen ahora hombres encadenados. A cada vaivén de los cuerpos sigue un arrastre de cadena. De cama sirven las baldosas.

El dormir de estos hombres es estremecido e inquieto; el velar, huraño y feroz. Si cierran sus ojos, los párpados se recogen contra ellos, dibujando hipócritas arrugas; si los abren, la pupila gira recelosa en todas direcciones.

Comparados con ellos, son felices quienes duermen arriba.

Arriba las paredes chorrean humedad; la atmósfera, que el vaho de los adormidos cuerpos corrompe, se vicia al punto de encortinar los faroles suspendidos del techo. Los camastros son inhospitales, entre potro y jergón; los cabezales tiran más al guiño que a la pluma; las mantas componen mosaico de rasgaduras y remiendos. Hay que entre-dormir de ojos y oídos; quien respira cerca de cada cual, supone riesgo, no compañía.

Pero a la postre, en los dormitorios de arriba pue-

den estirarse las piernas sin recelar la mordedura del grillete; pueden extenderse los brazos sin que los refrene el serretazo de la esposa; pueden las manos subir hasta las alturas de la frente para aventar los remordimientos; pueden acudir sobre el corazón para acompañar, con el tictac de sus latidos, recuerdos y esperanzas.

Cincuenta hombres por lado hay en el dormitorio central. Cuatro dormitorios arrancan del primero, dibujando una cruz. Al reflejo de los faroles es muestrario horrible el ofrecido por aquellos semblantes. Más se aproximan, por su lineamiento y por su expresión, a la bestia que al hombre.

Hay caras chatas, con las orejas totalmente pegadas al resto de la piel, donde boca y nariz se confunden, modelando hocicos de dogo; las hay de frente angosta, de morros fruncidos, de ojos ambarinos de tigre; las hay inquietas, escamosas, oscilando en cuellos de culebra. Unas evocan el perfil astuto de los zorros; otras las redondeces papilosas del sapo; en algunas revive el sátiro de bello desprendido y de mandíbula asesina...

Sobre tales rostros van y vienen, al imperio de la pesadilla, manos que se encorvan en garra, dedos que flotan en el aire como tentáculos de pulpo.

¡Trágica visión de hombres, vueltos a la primitiva animalidad por infamias de la herencia y del medio!... Bien están recluidos. Si un día estos hombres

se ofrecieran repentinamente, en montón, a la sociedad que los recluye, sería la mejor prueba de su bancarrota.

Ahora duermen o aparentan dormir. Dóciles a la estrecha consigna, ninguno remueve en su camastro, ningún arma se les recogió durante el cacheo nocturno.

¡Pero, ¡ay!, si entre aquellos hombres existe un plan, un concierto que precise la rebelión! A un gesto convenido saltarán del camastro, con las manos crispadas sobre las cachas de la navaja o sobre el mango del cuchillo.

¿Dónde hallarán los hierros? En cualquier escondite: entre la paja del jergón, en la vaciada suela de un zapato, en las grietas del muro, en los interiores de su cuerpo, convertido en estuche.

Herramienta en puño, acometerán la empresa concertada; embestirán, por conseguirla, contra sus guardadores, y será humana realidad el sangriento símbolo que representan en el patio los gatazos de ojos ambarinos y las ratas de hocico respingón.

Pajarito, dejándose escurrir por las sábanas, busca a rastras el camastro del *Jaro*. Su cara entrelarga de mujerzuela sonríe al silencio; sus pupilas dulzonas espían todo el largo del dormitorio.

— ¿Duermes, *Jaro*? — pregunta desde tierra, alargando el cuello, sin incorporarse aún, haciendo con las manos embudo.

— No — responde el *Jaro* —; esperaba.

— ¡Ay, nene!, el *viji* (1) no quería marcharse. ¡Jósús, y qué gachó más pelma! Ganas me han dao de clavarlo contra la paré. ¡Hijo, ni tan siquiera un rato de expansión! La han tomao con nosotros. No nos dejan hablar de día y nos asepararán de noche. Por supuesto, como si no. ¿Y qué? — añade, alisándose el pelo, abierto en raya, con sus manos finas y breves, de uñas bien cuidadas —. ¿Estás decidío?

— ¡Pa chascal!

— La cosa no es difícil: saltar un muro, levantar la reja de un vertedero y quitar del mundo a un soldao. Sangrándole por el vano del hombro no dirá ni pío. Luego a nadar un poco. En tierra no faltarán escondeores... Ahora que, después, hace falta internarse... Pa esto necesitamos práctico. Uno que conozca la sierra. El *Lobo* se la conoce a palmos. ¡Si quisiera el *Lobo*!... Ya tenía la guardia civil pa unos meses. ¿Te parece que le hablemos?

— Si quisiera el *Lobo*... ¿Quién mejor? No hay quien le aventaje pa tó. Eres tú quien eres, y le tiés que respetar.

— Ya, ya... Por eso convendría que se najara con nosotros. Los tres en la sierra y ca uno de los tres con un rifle... Hay que hablarle. ¿Te paece bien, nene?

(1) Vigilante.

— ¡Digol... ¡Como quisiera el *Lobo*...!

Los dos miran hacia un camastro que enfrenta con la puerta. En él descansa un viejo de cara renegrida y feroz. De lobo son sus dientes. Dos manos velludas se crisan sobre los pliegues de la manta. La cara es horrible: de achatada nariz, de pómulos salientes. Las cejas, ásperas, descuelgan por cima de los párpados y forman con las pestañas matorral. Difícil es averiguar, entre aquella espesura, si velan o si duermen los ojos.

— Los propios lobos se asustarían de él cuando andaba suelto por el monte — murmura *Pajarito*—. Hay que hablarle. Si no le conviene callará: el *Lobo* no es *chiva* (1). El que es *chiva* es el *Malagueño*. Pa mí que ha ido con lo nuestro a la Dirección, y pa mí que antes de pirar voy a darle un recaó. Total, otro homicidio. Si *piramos* (2), salú, y si no *piramos*... Por homicidio no ahorcan... Años de condena no me caben ya más. Estoy lleno pa cuatro vidas. ¡Que echen años! Lo mismo que si echaran confites. ¡Como no los cumpla Matusalén!...

— De manera...

— Que mañana le hablas tú, *Jaro*; contigo tié más confianza. Hay que darse prisa. Pronto viene el director nuevo. ¡Un tío, créemelo; un tío! Le conozco

(1) Delator.

(2) Escapar.

de otros penales. Por supuesto, ése concluye mal. Me voy, no dé la vuelta el *viji*. ¡Ay, hijo, qué esborición!... ¡Miá tú que separarnos!... No te olvides: saltar un muro, levantar un enreajo y darle *mulé* (1) a un centinela. Quéate con Dios, niño.

Pajarito vuelve a su camastro; el *Jaro* se remete en el suyo. Fuera rugen olas y vientos. El rayo culebrea en las nubes... Poco a poco una claridad lívida se extiende por el dormitorio: es el alba.

— «¡Alerta!...», vocea un centinela.

«¡Alerta!... ¡Alerta!...», van respondiendo de garita a garita.

Pajarito sigue los «alertas» con sonrisa enigmática. Sus manos, de uñas bien cuidadas, pasan y repasan mimosas por su cara de mujerzuela.

(1) Muerte.

II

En el patio gozan del meridiano asueto los hombres del penal. Algunos pasean aparejados, charlando en baja voz, suspendiendo el diálogo cuando un extraño se aproxima; otros forman corro, en cuclillas, para oír lecturas de periódico; en un grupo juegan al moscardón; los cachetes crujen como trallazos; la *morralla* improvisa un *nabero*; los zurriagos se rellenan con guijos para que levanten cardenal. Amparados con una saliente de pared, y seguros de quien está de *tapia* (1), diez o doce reclusos envidan su dinero a los naipes. Se envida en silencio, se jura con los ojos; los dedos tiemblan cuando recogen la ganancia; los alientos jadean, aguardando el fallo del azar. *Pajarito* es juez en las disputas y cobra, por fuero de guapeza, el tanto de baraja.

Al fondo del patio, asentado sobre los adoquines, hace el *Lobo* calceta. Una pipa de barro baila entre sus dientes. De tiempo en tiempo da un chu-

(1) Vigilando para evitar que sean sorprendidos.

pazo; el humo corona el cazolete de la pipa y sube a la atmósfera dibujando espirales. Para seguir estas espirales alza los párpados el *Lobo*. Las espirales se pierden en lo azul, y el *Lobo* torna a bajar los párpados, a seguir el cruce de las agujas en la media.

Illuminada por el sol, es aún más repulsiva que en la semisombra del dormitorio la figura del *Lobo*.

El cabello le arranca de las cejas; apenas si una tira de piel recuerda el sitio de la frente; los ojos son de un negro rojizo, como brasa a medio encender; la nariz se aplasta contra el pómulo; la boca se rasga en dirección de las orejas; una ancha cicatriz parte de dos en dos su cráneo; el viaje de una bala abrió una estrella en sus carrillos. Los hombros son anchos, sin cuello que los separe de la nuca; las piernas cortas; los brazos, que a todo su largor rebasan las corvas, rememoran los del gorila.

Fuertes son como los del gorila. Por sí solos, sin auxilio de aceros, mantuvieron la supremacía del *Lobo* en todos los penales. Para quien llegó a sus alcances ganoso de pelea, fué el abrazo mortal.

No mermaron al *Lobo*, los sesenta años de su edad, fortaleza y bravura. De ahí que entre las criaturas del grillete sea temido, única manera de ser entre ellas respetado. Los guapos, mangoneadores y reyezuelos del penal, rinden vasallaje a aquel anciano solitario y esquivo.

— ¿Estorba mi compañía? — le pregunta el *Jaro*, acercándose.

— No. ¿Qué hay?

— Que yo y *Pajarito* vamos a *pirarnos* de aquí.

— Buen viaje.

— No es eso.

— ¿Qué es? Váciate.

— Que pensamos ganar la sierra después de la evasión.

— ¡La sierra!...

Los párpados del *Lobo* se alzan, descubriendo sus pupilas de carbón a medio encender. Rojas están ahora del todo, llameantes, incendiadas por el recuerdo.

Dura ello un segundo; después el llameo se extingue, los párpados tornan a caer; tornan las agujas a ir y venir por el estambre.

— ¡La sierra!...— repite—. No hay escondite más seguro. Sólo que hace falta sabérsela bien y saber llevársela con pastores y cortijeros. De no, a los tres días en el lazo.

— Por eso nos hemos acordao de ti. Si quisieras *najar* (1) con nosotros... Tú serías el amo.

— Aquí tamién lo soy.

— Pero en la sierra fuiste rey.

— Ocho años me duró. A no venderme aquel

(1) Escapar.

perro, aún me duraría. ¡Cochino!... Llevó a los guardias a mi cueva. Dormío estaba. Cuando quise echar mano del rifle tenía seis balas en el cuerpo. ¡Yo que fiaba en él!... En fin... Ya me pagó su conque. Roando, roando dió en un presidio ande paraba yo. ¡Cayó! Cayó mordió en la garganta, como la res que acogota el lobo... ¿De mó que a la sierra?

— A la sierra. Y pa mandarnos tú.

Otra vez se alzan los párpados del *Lobo*; otra vez llamean sus pupilas; su nariz se abre como olfateando el perfume de las hierbas serranas; sus orejas adelantan persiguiendo el rumor del viento en las encinas, el estruendo del agua por las torren-teras.

— ¡La sierra! — murmura —. ¿Volver a la sierra con vosotros? Tú, aún, aún. *Pajarito* no sirve. Es bueno pa gato de ciudad, no pa gato montés. Tiene muy crecías las uñas pa afilárselas en pedernal. ¡Volver a la sierra!... Soy ya viejo. Estoy mejor aquí. No me hace el recaó. *Najar* vosotros, y buena suerte pa los dos.

— Pero...

— ¿No oíste que no, *Jaro*? Pa mí lo de fuera es aún peor que lo de dentro. *Alivia* (1), que necesito rematar esta media.

(1) Vete.

Dice bien el *Lobo*. ¿A qué salir? Ni un buen recuerdo, ni una mala esperanza le solicitan fuera del penal.

Fué parido en la sierra por una hembra de paso, que tiró la carga y siguió el viaje. Como aparición desvaneciéndose entre los peñotes la mujer. El chico gruñía, retorciéndose sobre una mata de romero.

De sobre ella le recogieron los pastores; una cabra le sirvió de nodriza. Guiado por ella hizo el aprendizaje del serrano vivir.

Los gañanes le miraban crecer como a una cabra más. Cuando iba hacia ellos arrastrando y estorbaba su paso metiéndoseles entre las piernas, le despedían con el pie. Son, estos hombres rudos, más prontos en dar golpes que en repartir caricias. Golpes recibió muchos el infante; de caricias no guardaba memoria.

Los mastines, menos ásperos que sus dueños, dejaban al niño alternar en el juego de los cachorros. Con ellos corría a cuatro pies. En su boca fué antes el aullido que la palabra.

Se crió ágil, recio, ajeno al temor de la soledad, al espanto de las espesuras y abismos. Tampoco le asustaban las alimañas de la sierra. Mientras se vió débil, libróse de ellas con astucia; cuando se hizo fuerte, las combatió de pecho a pecho.

Nieves y hielos tocaban su piel sin entumecerla; sin abrasarla, el sol; sin resquebrajarla, la ventisca.

Templada fué por la intemperie como una armadura de combate.

Al aire las recias pantorrillas, descalzos los pies, trajeado el cuerpo con pieles, preso el cabello en los nudos de un pañuelo de hierbas, echó monte arriba con una punta de corderos. Cumplía entonces los siete años.

Diestro se hizo en el volteo de la honda y en la esgrima del báculo; maestro en lazos y perchas; sabio en las virtudes y maleficios de las plantas.

Entre rocas ásperas que desploman sombras perpetuas sobre prados de entonaciones bronce, pasaba el chicuelo las horas comprendidas de sol a sol.

Distraía su soledad silbando canciones al igual de los monteses pájaros, tumbando aguiluchos con los proyectiles de su honda, escalando picos inaccesibles, columpiándose sobre abismos para robar al halcón sus crías. Algunas veces, el mastín recostaba su cabezota entre las rodillas del zagal y ponía en éste los ojos. El muchacho hablaba al mastín. El mastín respondía gruñendo suavemente y meneando la ancha cola.

Dialogar con los hombres era para el chico un acontecimiento. Cuando volvía al hato, el sueño estorbaba la conversación; la estorbaba, al levantarse, la premura por reunir las reses. Los domingos bajaban los pastores al llano. Como el zagal no

tenía en el llano a nadie, quedaba al cuidado de las bestias.

Así fué creciendo, huraño, insociable, más animal que hombre. Con unas carlanca al cuello, hubiera sido otro mastín; perdido entre los riscos, un hermano del lobo.

¡El lobo!... Ya le conocía de cerca. En más de una ocasión le dió caza con los mastines. A los catorce años, en un atardecer de invierno, enfrentó con uno que bajaba, hambriento y feroz, de los cabezos encaperuzados por la nieve.

Fuó la pelea garra a garra, colmillo a colmillo. El mozo pudo con la bestia. La ató por el cuello con su honda y la llevó a rastras a los chozos. Sobre su piel bermejeaban los desgarrones que hizo en ella la fiera; la sangre de ésta enguantaba las manos del rapaz.

— Más lobo que lobo eres — gritó el rabadán al mirarle.

De aquel dicho le vino el mote.

Como el lobo vivía: cada vez más arisco, menos asequible al trato de sus semejantes. La fealdad física, unida al moral desamparo, acrecentaba su esquizofrenia.

Y llegó a los veinte años sin que una imagen de mujer se le apareciera en la montaña para endulzar su corazón, sin que una amistad de hombre buscara aposento en su espíritu.

Su fealdad servía de entretenimiento a los demás pastores. Burlábanse de él, le trataban como a bicharraco mantenido para la diversión común.

Un día las burlas llegaron a extremos de inusitada crueldad. El mozo temblaba de rabia; sus ojos relucían como los del lobo en los cabezos que la nieve recubre.

— ¡No os burléis más! — gritó, encorvando los dedos —. ¡Tened cuenta conmigo! Estas manos que saben ahogar lobos, pueden ahogar pastores.

— ¿Amenazas? — exclamó el más fornido —. Por Dios, que aprendas de una vez pa toas a no hacerlo.

Miróle después con igual gesto desdeñoso que a un mastín rebelde, y gritó:

— Mi cayá te echará pa dentro el gruñío.

En alto la puso; con fuerza la dejó caer sobre la cabeza del pastor. Éste no hizo caso de la sangre que chorreaba por su frente. Un aullido rasgó su garganta; dió un brinco, cogió entre sus brazos al gañán y le tiró contra las rocas hecho un amasijo de huesos y de carne. De otro salto ganó el chozo del rabadán. Al reaparecer entre los pastores, llevaba una carabina en la diestra.

— ¡Paso! — dijo —. Al que se me ponga enfrente, lo tumbo.

Y echó monte arriba, hacia los cabezos, donde aúlla el lobo y platea la nieve.

Durante ocho años campó libre, soberano en la serranía; sin juntarse a nadie logró dominar a cuantos andaban por ella en lucha con la ley. Cortijeros y ganaderos le pagaban tributo.

Cambiada la carabina por un rifle y con un jaco entre las piernas, burlaba las persecuciones de la Guardia civil.

Todos le amparaban y le asistían por miedo a sus venganzas. Cierta vez avisaron a la Guardia civil los guardas de un cortijo donde el *Lobo* se avituallaba, para que le aprehendieran. Herido en el pecho, agarrándose con las dos manos a las crines del potro, escapó monte arriba.

Al mes ardió el cortijo. Los cortijeros, hombre, hijos y mujer, amanecieron colgados de una encina: era la venganza del *Lobo*.

Otros crímenes siguieron a éste. La fiera se había hecho a la sangre.

En noche de invierno regresaba el *Lobo* a su cueva, un nido de águilas donde sólo él podía remontar.

Voces quejumbrosas llamaron su atención; revolvió la jaca, apeóse frente a la espesura de donde salieron las quejas, entró por ella, y en lo más intrincado vió a un hombre que se revolcaba sobre las matas, tiñéndolas de sangre.

— ¿Quién te ha herido? — le preguntó.

— Los civiles... Me perseguían... He poío esca-

par... No sé cómo... Pero estoy malherido Me... muero...

— ¡Vaya!... No te apures. Me cogiste en una hora buena.

El *Lobo* atajó la sangre en las heridas, puso al hombre a lomos de su jaca y le llevó a su cueva.

Mientras duró la convalecencia hizo del doliente su amigo, su compañero cuando estuvo fuerte y en disposición de internarse por la montaña.

Aquel hombre le traicionó, entregándole a la Guardia civil.

Un indulto libró al *Lobo* del palo, enterrándole en un presidio.

En los presidios vive; del uno al otro va hace veinticinco años, más esquivo y feroz que cuando campaba por la sierra.

La traición del único ser a quien se confió puso rúbrica a su aislamiento.

En los días de comunicación, todo el penal es fiesta.

Los hombres se acicalan, se adornan con sus más estimados pingos; los ojos relucen, las bocas ríen, los pechos tiemblan, sacudidos por la esperanza.

Va a abrirse el portón, descubriendo la reja que comunica con la calle. A ella acuden las hembras. Los machos saltan a su encuentro con rugido celoso; sus brazos sacuden los barrotes; sus manos

33324